

y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y escelente agua muy fresca, que nunca falta en las cercanías de los kanes.

Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso al rededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun árbol famoso y secular que sirve de léjos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera-sicomoro, árbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta piés de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte piés del suelo, se estienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez ménos anchos, y presentan de léjos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se estiende a una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos árabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en

todo, se ve con dolor esa habitual desidia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberian conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados a la estúpida improvisación de los que se guarecen bajo su sombra; los árabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de Octubre, 1832.

Salimos esta mañana del kan, y al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos a las graciosas aldeas que se hallan a mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este pais se parece a la Toscana: pequeñas tápias sostienen por todas partes azoteas de tierra, donde las vides y los árboles se entrelazan cubriendo de sombra, sin impedirles florecer cosechas de to-

do género. Estas colinas están salpicadas de aldeas donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monjes maronitas ocupan la cima de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir a los monges que conducen el arado por los campos, ó van a recoger la hoja de las moreras. Los árabes, sin distinción de secso, van a trabajar tranquilamente a los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores, están generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡Sala el kaer! ¡Bendito sea el dia para vosotros, viageros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada del cultivador árabe, ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los muchachos juegan con los carneros de Siria, de ancha cola, delante de la puerta; hermosas jóvenes, con la cara descubierta, llevan sus cántaros de

agua sobre la cabeza, y el padre y la madre trabajan al pié de las moreras, en aquellas hermosas telas de seda de mil colores, cuyos hilos atan de un árbol y que tejen andando a su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Soboya, la Suiza, no presentan al viagero mas escenas de vida, de ventura y de paz que las faldas de estas montañas del Líbano, donde no se espera uno encontrar mas que tribus bárbaras.

5 de Octubre, 1832.

He hallado a mi muger y a mi hija en buena salud, y ocupadas en adornar y hermosear nuestra residencia de invierno. He pasado algunos dias con ellas ántes de salir para la Palestina y el Egipto. Ibrahim-Bajá ha alcanzado una victoria decisiva en Homs, avanza hácia la Caramaña, y pasará el Tauro arrollando a los turcos; ya no hay ninguna inquietud en cuanto a la seguridad y tranquilidad de este pais: viajaré sin ningun cuidado por lo que mas amo en este mundo. Nuestros nuevos amigos de Berut, los señores Dianco, Jorelle, Faren, Laurella, Abost, proveerán, en mi ausencia, a cuanto pueda ocurrir. Voy a organizar definitivamente mi caravana, y me pondré en camino, apénas la primer lluvia calme el calor de treinta grados que hace ahora en la costa de Siria